

Poliandro - Epistemón - Eudoxio

Poliandro. — Os encuentro tan feliz por haber descubierto todas esas bellas cosas en los libros griegos y latinos, que me parece que si yo me hubiese entregado tanto como vos a esos estudios, diferiría tanto de lo que soy ahora como los ángeles de vos. Y no puedo excusar el error de mis padres que, persuadidos de que las letras debilitan el entendimiento, me enviaron a la corte y al ejército a una edad tan tierna que toda mi vida tendré que gemir por ser ignorante acerca de este punto, si es que no aprendo algo de vuestras conversaciones.

Epistemón. — Lo que podéis aprender de mejor es que el deseo de saber, deseo común de los hombres, es un mal incurable; pues la curiosidad aumenta con la ciencia; y como las debilidades de nuestro espíritu no nos afligen más que en tanto que las conocemos, tenéis sobre nosotros una especie de ventaja, la cual consiste en no ver todo lo que os falta tan claramente como nosotros vemos todo lo que nos falta a nosotros mismos.

Eudoxio. — ¿Es posible, Epistemón, que vos, tan sabio, podáis persuadiros de que hay en la naturaleza un mal bastante universal como para que no se pueda aplicarle ningún remedio? En cuanto a mí, pienso que como en cada país hay bastantes frutos y arroyos para satisfacer el hambre y la sed de todos los hombres que lo habitan, lo mismo hay bastantes verdades que se puede conocer en cada materia para satisfacer plenamente la curiosidad de los espíritus sanos. Yo miro el cuerpo de un hidrópico como si no fuera casi más enfermo que el espíritu de aquellos que son continuamente agitados por una curiosidad insaciable.

Epistemón. — Sí, yo he oído decir en otro tiempo que nuestros deseos no pueden extenderse hasta las cosas que nos parecen imposibles, pero se puede saber tantas cosas que nos es evidentemente posible aprender, y que son no solamente honradas y agradables, sino también útiles para la conducta en la vida, que no crec

que jamás alguien sepa bastante como para no tener siempre legítimas razones que le hagan saber más.

Eudoxio. — ¿Qué diréis, pues, de mí si yo os afirmo que yo no deseo ya aprender nada más y que yo estoy contento de mi pequeña ciencia como Diógenes lo estaba antaño de su tonel, aunque para esto yo no tenga necesidad de su filosofía? En efecto, los conocimientos de nuestros vecinos no limitan los míos como sus campos rodean por todas partes este poco de tierra que yo poseo aquí, y, dirigiendo mi espíritu a su guisa todas las verdades que él ha encontrado, no trato de descubrir otras, sino que goza del mismo reposo que el rey de un país que fuese separado de todos los otros, de manera que ese rey se imaginase que no se encuentra más allá que desiertos estériles y montañas inhabitables.

Epistemón. — Si cualquier otro usara este lenguaje, le consideraría con demasiado orgullo o demasiado poca curiosidad; pero el retiro que habéis venido a buscar en esta soledad y el poco cuidado que tomáis por haceros conocer, apartan de vos toda sospecha de ostentación. Por otra parte, el tiempo que habéis empleado en otro tiempo en viajar, en visitar a los sabios, en examinar todo lo que se había descubierto de más difícil en cada ciencia, nos da la certidumbre de que no os falta curiosidad; de suerte que no tengo otra cosa que decir que yo os miro como enteramente contento y que creo vuestra ciencia más perfecta que la de los otros.

Eudoxio. — Os doy gracias por alimentar tan buena opinión de mí; pero yo no abusaré de vuestra benevolencia hasta querer que bajo fe de mis palabras creáis lo que yo he dicho. Jamás hay que emitir proposiciones tan alejadas de la ciencia vulgar que no se puede a la vez apoyarlas en algunos cimientos. Y por esta razón, os ruego a ambos queráis permanecer aquí durante esta bella estación para que yo pueda mostraros claramente lo poco que yo sé. Pues os prometerme que no solamente vosotros reconoceréis que tengo razón en estar contento, sino que además vosotros mismos quedaréis plenamente satisfechos de las cosas que habréis aprendido.

Poliandro. — En cuanto a mí, me será muy agradable asistir a esta conversación, aunque no creo que pueda sacar de ella ningún fruto.

Eudoxio. — Creed, al contrario, Poliandro, que será para vos de la mayor utilidad y que me será más fácil llevar al buen partido a aquel que no tiene ninguno que a Epistemón, a quien veremos a menudo de parte del partido opuesto. Pero, para que concibáis más distintamente de qué naturaleza es la doctrina que voy a exponeros, permitidme os ruegue notéis la diferencia que existe entre las ciencias y los simples conocimientos que se adquieren sin el socorro del razonamiento, como las lenguas, la historia, la geografía, y en general todo lo que no depende más que de la experiencia. Concedo, es verdad, que la vida de un hombre no bastaría para adquirir la experiencia de todo lo que está en el mundo; pero yo estoy convencido de que sería locura de alguien el desearla, y no es más deber de un hombre honrado saber el griego o el latín que el suizo o el bajo bretón, y la historia del imperio romano-germánico que la del menor estado que se pueda encontrar en la Europa. No debe consagrar su ocio más que a cosas útiles y honradas, y no llenar su memoria sino de lo que le es más necesario. En cuanto a las ciencias que no son otra cosa que juicios ciertos que apoyamos sobre algún conocimiento precedentemente adquirido, las unas se deducen de cosas vulgares y conocidas de todo el mundo, las otras de experiencias más raras y que exigen mucha habilidad. Confieso que es imposible que tratemos en particular de todas estas últimas; en efecto, deberíamos examinar primeramente todas las hierbas y todas las piedras que se nos trae de las Indias; deberíamos haber visto al Fénix; en resumen, no ignorar nada de lo que hay de más maravilloso en la naturaleza. Pero creería haber suficientemente cumplido mis promesas si, explicándoos las verdades que pueden ser deducidas de objetos vulgares y conocidos por todos, os hago capaces de encontrar por vosotros mismos todas las otras, toda vez que juzguéis que vale la pena que uno las busque.

Poliandro. — Yo creo también que es esto todo lo que nosotros podemos desear y estaría contento con poco que me enseñáseis esas cuestiones que son tan célebres que nadie las ignora, por ejemplo, aquellas que conciernen a la Divinidad, al alma razonable, a las virtudes, la recompensa que las espera, etc.; cuestiones que comparo a esas antiguas familias que son reconocidas por todos ec-

mo muy ilustres, aunque todos sus títulos de nobleza se hayan hundido bajo las ruinas del pasado. Pues no dudo de que los primeros que han llevado al género humano a creer en todas esas cosas, no hayan empleado razones válidas para probarlas; pero estas razones han sido después tan raramente repetidas que no hay persona que las sepa; y sin embargo, las verdades que ellas establecen son tan importantes que la prudencia nos fuerza a tener en ellas una fe ciega, a riesgo de engañarnos, más bien que esperar que tengamos sobre ellas nociones más exactas en la vida futura.

Epistemón. — En cuanto a mí, soy un poco más curioso, y con gusto desearía, además, que me explicáseis algunas dificultades particulares que encuentro en cada ciencia y principalmente en lo que tiene relación con los secretos de las artes, con los espectros, con la prestidigitación, en resumen, con todos los efectos maravillosos que son atribuidos a la magia. Pues pienso que conviene saber esas cosas no para servirnos de ellas, sino para que ninguna cosa desconocida pueda asombrar a nuestro juicio.

Eudoxio. — Trataré de satisfaceros, a ambos, y para adoptar un orden que podamos conservar hasta el fin, desearía primeramente, Poliandro, que conversemos acerca de todas las cosas que encierra el mundo, considerándolas en sí mismas; pero que Epistemón no interrumpa nuestro discurso sino lo menos posible, porque sus objeciones nos forzarían a menudo a apartarnos de nuestro tema. Luego consideraremos de nuevo todas esas cosas, pero desde otro punto de vista, es decir, en tanto que ellas se refieren a nosotros y que pueden ser llamadas verdaderas o falsas, buenas o malas. Es entonces cuando Epistemón hallará ocasión de exponer todas las dificultades que los discursos precedentes, a su parecer, no hayan resuelto.

Poliandro. — Decidnos, pues, qué orden observaréis en la explicación de cada cosa.

Eudoxio. — Comenzaremos por el alma razonable, porque ella es el asiento de nuestros conocimientos todos; y después de haber conocido su naturaleza y sus efectos, llegaremos a su autor; y una vez que conozcamos quien es él y como ha creado todas las cosas que son en el mundo, notaremos lo que hay de más cierto tocante a las otras criaturas, y examinaremos como nuestros sen-

tidos perciben los objetos y como nuestros pensamientos son vuel-
tos verdaderos o falsos; luego os colocaré ante los ojos los trabajos
materiales del hombre, y después de haberos sorprendido de admi-
ración a la vista de las máquinas más poderosas, de los autómatas
más raros, de las visiones más características y de los giros más
sutiles que el arte puede inventar, os revelaré sus secretos, que
son tan simples que perderéis toda admiración por las obras de
nuestras manos. Llegaremos luego a las obras de la naturaleza, y
después de haber mostrado la causa de todos sus cambios, la di-
versidad de sus propiedades y la razón por la cual el alma de las
plantas y de los animales difiere de la nuestra, os haré considerar
la arquitectura de las cosas que caen bajo los sentidos. Y después
de haberos contado todo lo que se observa en el cielo y lo que se
puede concluir de cierto de ello, pasaré a las conjeturas más sa-
nas sobre las cosas que no pueden ser determinadas por el hombre,
para explicaros la relación de las cosas sensibles con las cosas in-
telectuales y la relación de las unas y las otras con el Creador, y
para exponeros la inmortalidad de las criaturas y cual será su es-
tado después de la consumación de los siglos. Abordaremos enton-
ces la segunda parte de esta conversación; trataremos en ella es-
pecialmente de todas las ciencias, escogeremos lo que hay de más
sólido en cada una de ellas y propondremos un método para lle-
varlas más lejos y para encontrar por nosotros mismos con un es-
píritu mediano todo aquello que hasta los más sutiles pueden des-
cubrir. Después de haber preparado así a nuestra inteligencia pa-
ra juzgar perfectamente acerca de la verdad, será necesario tam-
bién acostumbraros a dirigir vuestra voluntad, y para esto distin-
guir el bien del mal y observar la verdadera diferencia que se en-
cuentra entre las virtudes y los vicios. Hecho esto, espero que
vuestra sed de saber no será ya tan violenta y que las cosas que
os haya dicho os parecerán bien probadas que pensaréis que un
hombre de espíritu sano, aunque hubiese sido educado en un de-
sierto y no hubiese sido nunca ilustrado más que por la luz natu-
ral, no podrá, si examina con cuidado las mismas razones, abrazar
otra opinión que la nuestra. Para comenzar este discurso: hay que
examinar cual es el primer conocimiento del hombre, en qué parte
del alma reside, y de donde proviene que él sea primeramente tan
imperfecto.

Epistemón. — Todo esto me parece explicarse muy claramente si nosotros comparamos la imaginación de los niños a una tabla rasa sobre la cual nuestras ideas, que son como las imágenes fieles de cada objeto, deben pintarse. Los sentidos, las inclinaciones del espíritu, los preceptores y la inteligencia son los diversos pintores que pueden elaborar esta obra; pero entre ellos, son los menos aptos para cumplirla los que la comienzan, es decir, los sentidos imperfectos, el instinto ciego y alimentos inaptos. Viene, en fin, el más apto de todos, la inteligencia; la cual, sin embargo, tiene necesidad de hacer un aprendizaje de varios años y seguir largo tiempo el ejemplo de sus maestros antes de atreverse a corregir ninguno de sus errores. He aquí, a mi parecer, una de las principales causas por las cuales llegamos tan difícilmente a la ciencia. Pues nuestros sentidos no perciben más que las cosas más groseras y las más comunes; nuestras inclinaciones naturales están enteramente corrompidas, y en cuanto a los maestros, aunque sin duda los hay perfectos, no pueden, empero, forzarnos a dar fe a sus razones y reconocerlas antes que hayan sido examinadas por nuestra inteligencia, a la cual sola esta tarea pertenece. Pero la inteligencia es como un pintor hábil que, llamado a terminar un cuadro esbozado por sus discípulos, no podría, aunque emplease todas las reglas de su arte para corregir poco a poco, ya un rasgo, ya otro, y para agregar todo lo que faltaría, no podría, digo, impedir que quedasen grandes defectos, porque en el principio el bosquejo habría sido mal hecho, las figuras mal colocadas y las proporciones mal observadas.

Eudoxio. — Vuestra comparación nos hace ver claramente el primer obstáculo que nos detiene, pero no nos enseñáis el medio que podemos emplear para evitarlo; ahora bien, a mi parecer, he lo aquí: lo mismo que nuestro pintor habría obrado mejor rehaciendo enteramente el cuadro, después de haber borrado todos sus rasgos, antes que perder su tiempo en corregirlos, así todos los hombres, apenas hayan llegado a la edad en que la inteligencia comienza a mostrarse en toda su fuerza, deberían resolverse de una vez a borrar de su imaginación todas esas ideas imperfectas que hasta entonces han sido grabadas en ella, y ponerse a formar seriamente nuevas, dirigiendo a ese fin toda la sagacidad de su inteligencia. Pues, aunque este medio no los condujese a la perfec-

ción, por lo menos, no echarían la culpa a la debilidad de los sentidos o a los errores de la naturaleza.

Epistemon. — Este medio sería ciertamente el mejor si pudiese ser fácilmente empleado; pero no ignoráis que las primeras opiniones que hemos recibido en nuestra imaginación quedan en ella selladas de tal suerte que nuestra sola voluntad, a menos que emplee el socorro de algunas razones sólidas, no basta para borrarlas.

Eudoxio. — Son también algunas de esas razones lo que deseo enseñaros y si queréis recoger algunos frutos de esta conversación, es necesario que me prestéis ahora vuestra atención y que me dejéis conversar un poco con Poliandro, para que transtorne primeramente todos los conocimientos que ha adquirido hasta hoy. En efecto, como ellos no bastan para satisfacerle, no pueden ser sino malos y yo los comparo a un edificio mal construido, cuyos fundamentos no son bastante sólidos. No conozco mejor remedio que demolerlo enteramente para edificar uno nuevo; pues no quiero ser colocado entre esos obreros sin talento que no se dedican más que a restaurar obras viejas porque son incapaces de hacerlas nuevas. Pero, Poliandro, mientras estamos ocupados en transtornar ese edificio, podemos, a la vez, echar los fundamentos que deben servir a nuestro proyecto y preparar la materia mejor y más sólida para afirmarlos, siempre solamente que queráis examinar conmigo cuales son, de todas las verdades que los hombres pueden saber, las más ciertas y las más fáciles de concebir.

Poliandro. — ¿Hay alguien que dude que las cosas sensibles (entiendo por tales aquellas que se ven y se tocan) sean mucho más ciertas que las otras? En lo que a mí respecta, quedaría muy sorprendido si me mostráseis tan claramente alguno de esos objetos que se llaman de Dios o de nuestra alma.

Eudoxio. — Espero, sin embargo, hacerlo; y me parece asombroso que los hombres sean bastante crédulos para construir su ciencia bajo la certeza de los sentidos, puesto que nadie ignora que nos engañan algunas veces y que tenemos sólidas razones para dudar siempre de aquello que nos ha inducido una vez a error.

Poliandro. — Sé que es verdad que nuestros sentidos nos engañan algunas veces si no están en buen estado, como por ejemplo cuan-

do todos los alimentos parecen amargos a un enfermo; o si están demasiado alejados como por ejemplo cuando contemplamos las estrellas que jamás nos parecen tan grandes como lo son realmente o en general cuando no obran libremente según la constitución de su naturaleza. Pero todos sus errores son fáciles de reconocer, y no impiden que yo esté ahora persuadido de que os veo, que yo me paseo aquí en un jardín, que el sol luce; en resumen, que todo lo que se presenta ordinariamente a mis sentidos es verdadero.

Eudoxio. — Puesto que si os digo que los sentidos os engañan en ciertos casos en que lo observáis, y esto no basta para haceros temer que en otros casos los sentidos os engañen ignorándolo vos, quiero ir más lejos, y saber si habéis visto nunca un hombre melancólico de la especie de aquellos que creen ser vasos llenos de agua o tener alguna parte de su cuerpo de un tamaño enorme. Jurarían que ven esto de esa suerte y que lo tocan tal como se lo imaginan. Cierito que se indignaría aquel a quien dijéseis que él no tiene mejores razones que aquellos de mirar su opinión como cierta, puesto que ella no se apoya, como la suya, más que sobre el testimonio de los sentidos y de la imaginación. Pero no encontraréis más que yo os pregunte si no estáis sujeto al sueño como todos los hombres y si, mientras dormís, no podéis pensar que no véis que os paseáis en este jardín, que el sol os luce; en resumen, todas las cosas de que creéis ahora tener una clara percepción. ¿No habéis oído en las viejas comedias esta fórmula de asombro: ¿Acaso duermo? ¿Cómo podéis estar cierto de que vuestra vida no es un sueño perpetuo, y que todo lo que creéis oír por los sentidos no sea tan falso ahora como durante vuestro sueño, sobre todo sabiendo que habéis sido creado por un ser superior a quien, puesto que todopoderoso, no hubiese sido más difícil crearos tal como acabo de decirlo que tal como creéis ser?

Poliandro. — Ciertamente, he aquí razones que bastarán para trastornar toda la ciencia de Epistemón, siempre que él pueda detener bastante su atención en ellas. En lo que a mí concierne, temería volverme algo loco si yo, que no me he entregado nunca al estudio y que no me he acostumbrado, por tanto, a desviar mi espíritu de las cosas sensibles, lo aplicase a meditaciones demasiado por encima de mi alcance.

Epistemón. — Pienso también que es peligroso avanzar demasiado lejos en este camino. Las dudas universales de toda suerte nos

conducirían directamente a la ignorancia de Sócrates o a la incertidumbre de los pirrónicos, que es como un agua profunda en la cual nos es, me parece, imposible encontrar pie.

Eudoxio—No es, lo confieso, sino con gran peligro como aquellos que no conocen el vado irían a confiarse sin guía a esta agua profunda y muchos se han ahogado en ella. Pero en tanto que me sigáis, no temáis ir adelante; pues son temores de esta naturaleza los que han impedido a muchos eruditos adquirir conocimientos bastante sólidos y bastante seguros como para merecer el nombre de ciencias; imaginándose que no podían apoyar su fe sobre nada más firme y más sólido que las cosas sensibles, construyeron sobre esta arena, prefiriendo esto a esforzarse cavando más antes de encontrar un suelo más firme. No hay que detenerse, pues, aquí, sino más bien, aunque no queráis examinar más las razones de que os he hablado, ellas habrán producido su principal efecto y mi fin se habrá cumplido si han sorprendido bastante vuestra imaginación para haceros poner en guardia; pues la prueba de que vuestra ciencia no es tan infalible está en que teméis que sus fundamentos puedan ser trastornados, puesto que os hacen dudar de todo y hasta vosotros dudáis ya de vuestra ciencia. Por otra parte, esta es la prueba de que he alcanzado mi fin, el cual consistía en trastornar vuestra ciencia toda mostrándoos su incertidumbre. Pero por temor de que os desalentéis y rehuséis seguirme más adelante, os declaro que estas dudas que os han sorprendido primeramente se parecen a esos fantasmas y a esas vanas imágenes que se nos aparecen durante la noche, con ayuda de una luz débil pero insegura; vuestro temor os acompañará si los rehuís, pero si os aproximáis a ellos como para tocarlos, no encontraréis más que aire, más que una sombra, y en lo sucesivo no se turbará ya vuestro espíritu en circunstancia igual.

Poliandro — También deseo yo, vencido por vuestras razones, representarme esas dificultades en su mayor fuerza posible y aplicarme a dudar de que toda mi vida no haya estado demente y hasta de que todas esas ideas que me parecían no haber entrado en mi espíritu más que por la puerta de los sentidos, por así decirlo no se hayan encerrado allí en sí mismas como si formasen ideas semejantes cuando duermo o estoy persuadido de que mis ojos se han cerrado, mis oídos tapados, en resumen, que ninguno de mis sentidos participa en ello de nada. De esta suerte, dudaré no solamente que estáis

en el mundo, que existe una tierra o un sol, sino también que tengo ojos, oídos, un cuerpo, y hasta que yo converso con vos, que me dirigís la palabra, en una palabra, dudaré de todo.

Eudoxio — Heos aquí muy bien preparado, y es allí precisamente adonde quería llevaros. Pero ha llegado el momento en que es preciso que prestéis vuestra atención a las consecuencias que quiero deducir de esas premisas. Véis que es cierto que podéis dudar con razón de todas las cosas cuyo conocimiento no os viene más que por el socorro de los sentidos; pero, ¿podéis dudar de vuestra duda y seguir estando incierto de si dudáis o no?

Poliandro — Confieso que esto me asombra y la poca perspicacia que debo a mi débil buen sentido hace que no me vea sin estupor forzado a reconocer que nada hago con alguna certeza, que dudo de todo y que no estoy seguro de nada. ¿Pero que queréis concluir de eso? No veo para qué pueda servir este asombro universal, ni cómo semejante duda pueda ser un principio que no sea preciso deducir de tan lejos. Al contrario, el fin que habéis dado a esta conversación consiste en librarnos de nuestras dudas y hacernos conocer verdades que podría ignorar Epistemón por más sabio que sea.

Eudoxio — Prestadme solamente atención y os llevaré lejos de lo que pensáis. Pues de esa duda universal como de un punto fijo e inmóvil quiero yo hacer derivar el conocimiento de Dios, el de vos mismo y en fin, el de todas las cosas que existen en la naturaleza.

Poliandro — He aquí, ciertamente, grandes promesas y ellas lo valen, siempre que se cumplan, siempre que os acordemos el objeto de vuestro pedido. Sed, pues, fiel a vuestras promesas; nosotros satisfaremos las vuestras.

Eudoxio — Puesto que no podéis negar que dudáis y que, al contrario, es cierto que dudáis y hasta tan cierto que no podéis dudar de ello, es verdad también, que vos que dudáis existís, y este es tan verdadero que no podéis dudar de ello más.

Poliandro — Soy de vuestra opinión, pues si yo no existiese, podría dudar.

Eudoxio — Existís, pues, y sabéis que existís, y lo sabéis porque dudáis.

Poliandro — Todo esto es verdad.

Eudoxio — Pero para que no seáis apartado de vuestro designio, avancemos poco a poco y como os lo he dicho encontraréis que este camino va más lejos de lo que pensáis. Repitamos el argumento. Existís, y sabéis que existís, y lo sabéis porque sabéis que dudáis; pero vosotros que dudáis de todo y no podéis dudar de vosotros mismos, ¿quiénes soís?

Poliandro — La respuesta no es difícil; adivino por qué habéis elegido por interlocutor de preferencia a Epistemón: es porque no queréis plantear ninguna cuestión a la cual no fuese muy fácil responder. Diré, pues, que soy un hombre.

Eudoxio — No prestáis atención a lo que os pregunto, y la respuesta que me presentáis, por más simple que os parezca, os echaría a cuestiones muy difíciles y muy embrolladas a poco que os apurara. Y en efecto, si preguntase, por ejemplo, a Epistemón mismo lo que es un hombre y me respondiese, como en las escuelas, que un hombre es un animal racional y si además para explicar estos dos términos, que no son menos oscuros que los primeros, nos condujese por todos los grados de lo que se llama metafísica, ciertamente seríamos arrastrados a un laberinto del que no podríamos salir nunca. Pues de esta cuestión nacen otras dos; la primera es: ¿qué es un animal?; la segunda: ¿qué es racional? Y además, si para explicar lo que es un animal nos respondiese que es un ser vivo y sensitivo, que un ser vivo es un cuerpo animado, y que un cuerpo es una sustancia corporal, véis enseguida que las cuestiones irían aumentándose y multiplicándose como las ramas de un árbol genealógico, y es bastante evidente que todas esas hermosas cuestiones terminarían en una pura batología que nada aclararía y nos dejaría en nuestra ignorancia primera.

Epistemón — Con mucha pena veo despreciar a ese árbol de Porfirio que ha producido siempre la admiración de todos los sabios y además estoy enfadado porque tratáis de enseñar a Poliandro lo que es él por otro método que el que desde hace tan largo tiempo es dado en las escuelas todas. En efecto, no se ha podido hasta hoy encontrar método mejor para enseñarnos lo que somos que el poner sucesivamente bajo nuestros ojos todos los grados que constituyen el conjunto de nuestro ser para que, subiendo y bajando por todos esos grados, podamos aprender lo que tenemos de común

con los otros seres y aquello en que diferimos de ellos; y es éste el punto más alto a que puede llegar la inteligencia humana.

Eudoxio — Jamás me he puesto ni me pondré a criticar el método de enseñanza que se emplea en las escuelas; pues a él es al que debo lo poco que sé, y es de su socorro de lo que me he servido para reconocer la incertidumbre de todo lo que he aprendido allí. Además, por más que mis preceptores no me hayan enseñado nada de cierto, débiles, empero, acciones de gracias por haber aprendido de ellos a reconocerlo, y les estoy más obligado porque todas las cosas que me han enseñado son dudosas que si hubiesen sido conformes a la razón; pues, en este caso, me habría contentado quizás con lo poco de razón que hubiese descubierto en ello y esto me habría hecho menos ardiente para la búsqueda de la verdad. Así, pues, la advertencia que he dado a Poliandro sirve menos para hacerle notar la incertidumbre y la oscuridad en que os echa su respuesta que para hacer a él mismo en el porvenir más atento a mis cuestiones. Pero vuelvo a mi proyecto; y para no apartarnos más de él, le pregunto de nuevo lo que es él, él, que puede dudar de todo y no puede dudar de sí mismo.

Poliandro — Creía haberos satisfecho ya a este respecto diciéndoos que era un hombre, pero reconozco ahora que mi respuesta no estaba bien calculada, pues veo que no so contenta. Para hablar francamente, ella no me parece suficiente ahora, sobre todo cuando considero que me habéis mostrado los obstáculos y las incertidumbres en que podría arrojarnos si quisiésemos aclararla y comprenderla. En efecto, por más que diga Epistemón, encuentro mucha oscuridad en esos grados metafísicos. Si se dice, por ejemplo, que un cuerpo es una sustancia corporal sin definir, al mismo tiempo, lo que es una sustancia corporal, estas dos palabras, *sustancia corporal* no nos harán de ningún modo más sabios que la palabra *cuerpo*. Asimismo, si alguien pretende que un ser vivo es un cuerpo animado sin haber explicado antes el sentido de las palabras *cuerpo* y *animado*, y no obrase de otro modo para todos los grados metafísicos, ciertamente él pronuncia palabras y hasta palabras ordenadas en un cierto orden, pero no dice nada, pues esto no significa nada que pueda ser concebido y formar en nuestro espíritu una idea clara y distinta. Hay más: cuando para satisfacer a esta cuestión he respondido que era hombre, no

pensaba en todos esos seres escolásticos que me eran desconocidos y de los que no había oído hablar nunca, y que, como pienso, no existen más que en la imaginación de aquellos que los han inventado. Pero quisiera hablar de las cosas que vemos, que tocamos, que sentimos y que experimentamos en nosotros mismos; en una palabra, de las cosas que el más simple de los hombres sabe tan bien como el más grande filósofo del universo; quisiera decir, en fin, que yo soy un cierto todo compuesto de dos brazos, de dos piernas, de una cabeza y de todas las otras partes que componen el cuerpo humano, el cual todo, por otra parte, se alimenta, camina, siente y piensa.

Eudoxio — Yo concluía ya de vuestra respuesta que no habíais comprendido bien mi pregunta, y que respondísteis a más cosas de las que os había pedido. Pero como ya habéis puesto en el número de las cosas de que dudáis los brazos, las piernas, la cabeza y todas las otras partes del cuerpo que componen la máquina del cuerpo humano, no he querido de ninguna manera interrogaros acerca de todas esas cosas cuya existencia no os parece cierta. Decidme, pues, lo que sois propiamente en tanto que dudáis. Pues he aquí el único punto, ya que no podéis conocer ningún otro con certidumbre, sobre el cual quisiera interrogaros.

Poliandro — Ahora veo, por cierto, que me he equivocado en mi respuesta y que he ido más lejos de lo necesario porque no había aprehendido bastante bien vuestro pensamiento. De tal modo, esto me volverá más circunspecto en el porvenir y me hace admirar al mismo tiempo la exactitud de vuestro método, por medio del cual nos conducís, paso a paso, por caminos simples y fáciles, al conocimiento de las cosas que queréis enseñarnos. Sin embargo, tenemos algún motivo de llamar feliz al error que he cometido, pues le debo el saber ahora que lo que soy en tanto que dudo es de ningún modo lo que llamo mi cuerpo. Más bien ni sé si tengo un cuerpo, ya que me habéis mostrado que puedo dudar de ello; agrego a esto que no puedo hasta negar absolutamente que tenga un cuerpo. Sin embargo, aunque dejemos enteras esas suposiciones, esto no impedirá que esté seguro de mi existencia; al contrario, ellas me confirman más aún en la certidumbre de que existo y de que no soy un cuerpo. De otro modo, si dudase de mi cuerpo, dudaría también de mí mismo, lo cual me es imposible, pues

estoy plenamente convencido de que existo y convencido de tal suerte que no puedo de ningún modo dudar.

Eudoxio — Habláis a maravilla y tratáis tan bien la cuestión que nos ocupa que yo mismo no podría hablar mejor. Veo que no hay ya necesidad más que de confiarnos enteramente a vos mismo, después de haberos conducido al camino. Más aún, para descubrir hasta las verdades más difíciles, pienso que basta con lo que se llama vulgarmente el sentido común, siempre que, empero, se sea bien llevado. Como os encuentro con él tanto como yo lo desee, me contentaré en lo sucesivo con mostraros el camino en que debéis entrar. Continuad, pues, deduciendo por vos mismo las consecuencias del primer principio.

Poliandro — Este principio me parece tan fecundo y tantas cosas se ofrecen al mismo tiempo a mí, que tendría, me parece, mucho trabajo en ponerlas en orden. Esa sola advertencia que me habéis dado de examinar lo que soy yo, yo que dudo, y de no confundir lo que yo era con lo que antes creía ser, ha arrojado tanta luz en mi espíritu y ha echado de él, desde el primer momento, tan bien las tinieblas, que al resplandor de esa luz veo mejor en mí lo que no se ve allí, y que no he creído nunca tan firmemente poseer un cuerpo como cre ahora poseer lo que no se toca.

Eudoxio — Este candor me gusta mucho, por más que disguste tal vez a Epistemón, quien, mientras no le arranquéis de su error y no le pongáis ante los ojos una parte de las cosas que decís están contenidas en ese principio, tendrá siempre un pretexto para creer o, al menos, para temer que esta luz que os es ofrecida no sea tan parecida a esos fuegos errantes que se apagan o se desvanecen así que uno se acerca a ellos, y, luego, que no caigáis otra vez, bien pronto, en vuestras primeras tinieblas, es decir, en vuestra antigua ignorancia. Y ciertamente, sería un prodigio que vos, que no habéis estudiado ni habéis leído las obras de los filósofos, os volviéseis sabio tan rápido y con tan poco trabajo. No hay que asombrarse, pues, de que Epistemón os juzgue así.

Epistemón — Confieso que he tomado esto por un movimiento de entusiasmo y he pensado que Poliandro, que nunca se ha aplicado a conocer las grandes verdades que enseña la filosofía, ha sido sorprendido por tal alegría examinando la menor de ellas, que no ha podido impedirle el testimoniársela por transportes.

Pero aquellos que como vos han caminado largo tiempo por este camino y han gastado mucho aceite y trabajo en leer y releer los escritos de los antiguos, en desembrollar y explicar lo que de más espinoso hay en los filósofos no se asombran más de estos movimientos de entusiasmo y no hacen de ellos más caso que de la vana esperanza de que se apasionan algunos de aquellos que no han hecho todavía más que saludar el umbral de las matemáticas. Ellos, en efecto, así que les habéis dado una línea y un círculo y enseñado lo que es una línea recta y una línea curva, se persuáden de que van a encontrar la cuadratura del círculo y la duplicación del cubo. Pero hemos refutado tantas veces la doctrina de los pirronianos y ellos mismos han retirado tan poco fruto de su método de filosofar, que han errado toda su vida y no han podido librarse de las dudas que han introducido en la filosofía, de suerte que parecen no haber dado sus cuidados más que a aprender a dudar. De tal modo, por más que disguste a Poliandro, dudo que pueda él mismo retirar de aquí algo mejor.

Eudoxio — Veo perfectamente que dirigiendo la palabra a Poliandro queréis perdonarme; sin embargo, es manifiesto que yo soy el objeto de vuestras ironías. Pero que continúe hablando Poliandro; veremos luego quien de nosotros reirá último.

Poliandro — Lo haré gustoso, tanto más cuanto que es de temer que este debate se ahogue entre vosotros y que si retomáis la cosa desde tan alto no comprenda yo nada de ella ya; veríame, de esta suerte, privado del fruto que me prometo recoger volviendo sobre mis primeros estudios. Ruego, pues, a Epistemón que me deje alimentar esta esperanza mientras plazca a Eudoxio guiarme por la mano en el camino en que él mismo me ha colocado.

Eudoxio — Habéis ya reconocido claramente, no considerándoos simplemente sino en tanto que dudáis, que no soís un cuerpo y, por tanto, que no encontráis en vos ninguna de las partes que constituyen la máquina del cuerpo humano, es decir, ni brazos, ni piernas, ni cabeza, ni ojos, ni oídos, ni ningún órgano que pueda servir para cualquier sentido. Pero ved si de la misma manera no podríais rechazar todas las otras cosas que habéis comprendido hace un momento en la definición del hombre tal como la concebíais antes, pues habéis dicho con razón que es un feliz error aquel que habéis cometido sobrepasando en vuestra respuesta los límites de

mi pregunta; con su socorro, en efecto, podéis llegar al conocimiento de lo que soís, apartando de vos y rechazando todo lo que véis claramente que no os pertenece y no admitiendo nada que no os pertenezca tan necesariamente que estéis tan cierto de ello como de vuestra existencia y de vuestra duda.

Poliandro — Os agradezco que me reconduzáis así a mi camino, pues yo no sabía ya donde estaba. He dicho hace un momento que era un todo formado por dos brazos, dos piernas, una cabeza, en fin, por todas las otras partes que componen lo que se llama el cuerpo humano; además, un todo que caminaba, se alimentaba, sentía y pensaba. Ha sido preciso, también, para considerarme simplemente tal como sé ser, rechazar todas esas partes o todos esos miembros que constituyen la máquina del cuerpo humano, es decir, considerarme sin brazos, sin piernas, sin cabeza, en una palabra, sin cuerpo. Ahora bien, es cierto que lo que duda en mí no es lo que decimos que es nuestro cuerpo; es, pues, cierto también que yo, en tanto que dudo, no me alimento, no camino; pues ni uno ni otro de ambos actos pueden realizarse sin el cuerpo. Más aún, no puedo hasta afirmar que yo, en tanto que dudo, pueda sentir. Pues así como los pies son necesarios para caminar, así los ojos lo son para ver y los oídos para oír; pero como no tengo ninguno de esos órganos, puesto que no tengo cuerpo, no puedo decir que sienta. Además, he creído sentir antes en sueños muchas cosas que no sentía realmente, sin embargo; y puesto que he resuelto no admitir nada aquí que no sea de tal modo cierto que no pueda dudar de ello, no puedo decir que yo soy una cosa que siente, es decir, una cosa que ve por ojos, oye por oídos; pues podría ocurrir que creyese sentir de esta manera aunque ninguno de esos actos tuviese lugar.

Eudoxio — No puedo impedirme deteneros aquí, no para apartaros de vuestro camino, sino para alentaros y haceros examinar lo que puede el sentido común bien gobernado. En efecto, en todo lo que acabamos de decir, ¿hay algo que no sea exacto, que no sea legítimamente concluído y rigurosamente deducido? Y sin embargo, todas esas consecuencias se sacan sin lógica, sin fórmula de argumentación, con la ayuda de las solas luces de la razón y del buen sentido, que está menos sujeto a engañarse cuando obra solo y por sí mismo que cuando trata con inquietud de observar mil re-

glas diversas que el arte y la pereza de los hombres han inventado más bien para corromperle que para perfeccionarle. Epistemón mismo parece aquí de nuestra opinión, pues su silencio da a entender que aprueba lo que habéis dicho. Continudad, pues, Poliandro, y mostradle hasta donde el buen sentido puede ir y al mismo tiempo las consecuencias que pueden ser deducidas de nuestros principios.

Poliandro — De todos los atributos que me había dado, no queda más que uno por examinar: el pensamiento; y encuentro que él solo es de naturaleza tal que no puedo separarlo de mí. Pues, si es cierto que dudo, como no puedo dudar de ello, es igualmente cierto que yo pienso. ¿Qué es, en efecto, dudar sino pensar de cierta manera? Y ciertamente, si yo no pensase, no podría saber si dudo ni si existo. Existo, sin embargo, y sé que existo, y lo sé porque existo, y lo sé porque dudo, es decir, consecuentemente, porque pienso; y hasta podría ocurrir que si por un momento cesase de pensar, cesaría al mismo tiempo de existir. Así, pues, la sola cosa que yo no puedo separar de mí, que yo sé con certeza que soy yo y que puedo afirmar ahora sin temor de engañarme, es que soy un ser pensante.

Eudoxio — ¿Qué os parece, Epistemón, lo que acaba de decir Poliandro? ¿Encontráis en su raciocinio algo que cojee o que no sea consecuente? ¿Habréis creído que un hombre iletrado y sin estudios razonase tan justo y fuese en todo consecuente consigo mismo? Por esto, pues, si juzgo rectamente, debéis comenzar a ver que sabiendo servirse convenientemente de su duda, se pueden deducir de ella conocimientos muy ciertos y hasta más ciertos y más útiles que todos aquellos que nosotros apoyamos ordinariamente sobre este gran principio, del que hacemos la base de nuestros conocimientos y el centro al que todos se refieren y en el que concluyen: *Es imposible que en el mismo instante una sola y misma cosa sea y no sea*. Tendré, quizás, ocasión de demostraros su utilidad; pero, para no cortar el hilo del discurso de Poliandro, no nos apartemos de nuestro tema e interrogad para saber si no tenéis nada que decir o que objetar.

Epistemón — Puesto que me consideráis aparte y hasta me punzáis, voy a mostraros lo que puede la lógica irritada y a la vez crearos tales embarazos y tales obstáculos que no solamente

Poliandro sino vos mismo difícilmente podréis vencer. No vayamos, pues, más lejos; detengámonos más bien aquí y examinemos severamente los principios que os sirven de base y vuestras consecuencias, pues con la ayuda de la verdadera lógica, y por vuestros principios mismos, os demostraré que todo lo que ha dicho Poliandro, no reposa sobre un fundamento legítimo y no concibe nada. Decís que existís, que sabéis que existís y que lo sabéis porque dudáis y porque pensáis. Pero, ¿qué es dudar, qué es pensar, lo sabéis? Y puesto que no queréis admitir nada de que no estéis cierto y que no conozcáis perfectamente, ¿cómo podéis estar seguro de que existís apoyándoos sobre fundamentos tan oscuros y consecuentemente tan poco seguros? Hubiese sido necesario que enseñaseis primeramente a Poliandro lo que es la duda, el pensamiento, la existencia, para que su raciocinio pudiese tener la fuerza de una demostración y para que él mismo pudiese comprenderse antes de querer y hacerse comprender de los otros.

Poliandro — He aquí algo que pasa mi alcance; confiésome, pues, vencido, dejándoos deshacer ese nudo con Epistemón.

Eudoxio — Por esta vez me encargo gustoso de eso, pero con la condición de que seréis juez de nuestro debate, pues no me atrevo a prometerme que Epistemón se rinda a mis razones. Quien está, como él, lleno de opiniones y de prejuicios, muy difícilmente se confía a la sola luz de la naturaleza; se ha acostumbrado desde hace largo tiempo, en efecto, a ceder más bien a la autoridad que a prestar oído a la voz de su propia razón; prefiere interrogar a los otros, pesar lo que han escrito los antiguos que consultarse a sí mismo sobre el juicio que debe tener. Y así como desde la infancia ha tomado como razón lo que no reposaba más que sobre la autoridad de los preceptores, así presenta él ahora su autoridad como la razón y quiere hacerse pagar por los otros el mismo tributo que ha pagado antes. Pero tendré lugar de estar contento y creeré abundantemente satisfacer las objeciones que os ha propuesto Epistemón si diéseis vuestro asentimiento a lo que yo diga y si vuestra razón os convence de ello.

Epistemón — No soy tan obstinado ni tan difícil de persuadir como lo pensáis y acepto muy gustoso que se me satisfaga. Más bien, por más que tengo razones para desconfiar de Poliandro, na-

da mejor pido que poner nuestro proceso entre sus manos; os prometo asimismo confesarme así que él rinda las armas. Pero que se cuide de aceptar que se le engañe y de caer en el error que él reprocha a los otros, es decir, tomar por una razón convincente la estima que os tiene.

Eudoxio — Si se apoyase sobre un fundamento tan débil, por cierto que entendería mal sus intereses y respondo de antemano que él se cuidará muy bien de ello. Pero ya tuvimos bastantes disgresiones; volvamos a nuestro tema. Convengo con vos, Epistemón, que hay que saber lo que es la duda, el pensamiento, la existencia antes de estar enteramente convencido de la verdad de este raciocinio: dudo, luego existo; o lo que es la misma cosa: pienso, luego existo. Pero no váis a imaginaros que para adquirir esas nociones previas sea preciso violentar y torturar nuestro espíritu para encontrar el género más próximo y la diferencia esencial y con esos elementos componer una verdadera definición. Dejemos esta tarea a aquel que quiera “hacer” el profesor o disputar en las escuelas. Pero cualquiera que desee examinar las cosas por sí mismo y juzgar de ellas según como las concibe, no puede tener un espíritu tan limitado que no tenga bastante luz para ver, todas las ocasiones en que preste atención a ello, lo que es la duda, el pensamiento, la existencia y para que le sea necesario aprender sus distinciones. Además, hay varias cosas que hacemos más oscuras queriendo definirías, porque como son muy simples y muy claras, nos es imposible saberlas y comprenderlas mejor que por ellas mismas. Más bien, en el número de los errores más grandes que se pueda cometer en las ciencias, hay que contar quizá el error de aquellos que quieren definir lo que no debe sino concebirse y que no pueden ni distinguir las cosas claras de las cosas oscuras ni discernir lo que, para ser conocido, exige y merece ser definido de lo que puede ser muy bien concebido por sí mismo. Ahora bien, en el número de las cosas que son de tal modo claras que se las conoce por sí mismas, se puede poner la duda, el pensamiento y la existencia.

No creo que haya habido nunca persona tan estúpida que haya tenido necesidad de aprender lo que es la existencia, antes de poder concluir y afirmar que existía. Lo mismo ocurre con la duda y el pensamiento. Agregó aún que es imposible aprender esas cosas de otro modo que por sí mismo y de estar persuadido de ellas

de otro modo que por su propia experiencia y por esa consciencia o testimonio interior que cada hombre encuentra en sí mismo cuando examina una observación cualquiera; de tal suerte que, como sería inútil definir lo que es lo blanco para hacerlo comprender a un ciego, mientras que para conocerlo nos basta abrir los ojos y ver algo blanco así, para saber lo que es la duda y el pensamiento, basta dudar y pensar. Esto nos enseña todo lo que podemos saber a este respecto, y hasta nos dice más que las definiciones más exactas. Es, pues, verdadero que Poliandro ha debido conocer esas cosas antes de poder deducir de ellas las conclusiones que ha formulado. Por lo demás, puesto que nosotros lo hemos elegido por juez, preguntémosle si ha ignorado nunca lo que es la duda, la existencia, el pensamiento.

Poliandro — Confieso que con el mayor placer os he oído discutir sobre una cosa que no habéis podido aprender más que de mí y no veo sin algo de alegría que es preciso, al menos en esta ocasión, reconocerme por vuestro maestro y reconoceros vosotros mismos por mis discípulos. Por eso, para sacaros de apuro y resolver sobre la marcha vuestra dificultad (se dice, en efecto, de una cosa que está hecha sobre la marcha cuando llega contra toda esperanza y contra toda espera), puedo certificaros que jamás he dudado de lo que sea la duda, aunque no haya comenzado a conocerla o más bien a reflexionar en ella que cuando Epistemón ha querido ponerla en duda. Apenas me habéis mostrado la poca certidumbre que tenemos de la existencia de las cosas que no conocemos más que por el socorro de los sentidos, cuando he comenzado a dudar de esas cosas y ha bastado con esto para hacerme conocer al mismo tiempo mi duda y la certidumbre de mi duda; puedo, pues, afirmar que he empezado a conocerme así, que he empezado a dudar; pero no era a los mismos objetos a los que se referían mi duda y mi certidumbre. Pues mi duda se aplicaba solamente a las cosas que existen fuera de mí y mi certidumbre se aplicaba a mi duda y a mí mismo. Tenía, pues, razón Eudoxio de decir que hay cosas que no podemos aprender más que viéndolas. Asimismo para aprender lo que es la duda, lo que es el pensamiento, no hay sino que dudar y pensar en sí mismo. Igual cosa ocurre con la existencia. Hay que saber solamente lo que se entiende por esta palabra; enseguida se conoce la cosa tanto al menos como es posible

al hombre conocerla y para esto no se precisan definiciones; las cuales oscurecerían la cosa más bien que la aclararían.

Epistemon — Puesto que Poliandro está contento, me rindo igualmente y no llevaré más lejos la disputa; sin embargo, no veo que haya avanzado mucho desde hace dos horas, las que hace que estamos aquí razonando. Todo lo que ha aprendido con la ayuda de ese método hermoso que tanto alabáis, es que él duda, que piensa y que es una cosa pensante. ¡Descubrimiento admirable en verdad! He aquí, muchas palabras para bien pocas cosas. Se habría podido decir todo en cuatro palabras y habríamos estado todos de acuerdo. En cuanto a mí, si debiese costarme tantas palabras y tiempo el aprender una cosa de tan débil interés, tendría trabajo en resignarme a ello. Nuestros maestros nos dicen sobre esto mucho más y son mucho más atrevidos; nada les detiene, toman todo a su cargo y se pronuncian sobre todo; nada les aparta de su fin ni les sorprende asombrándolos; por más que esto ocurra, en fin, cuando se ven demasiado apurados, un equívoco o el distinguo les salva de todo embarazo. Estad hasta seguro que su método siempre será preferido al vuestro, que duda de todo y que teme de tal modo tropezar que pataleando sin cesar, no avanza nunca.

Eudoxio — Jamás he tenido el designio de prescribir a nadie el método que hay que seguir en la investigación de la verdad; he querido solamente exponer aquel de que me he servido para que, si se lo juzga malo, se lo rechace; si, al contrario, bueno y útil, para que otros se sirvan de él también. Por otra parte, dejo a cada uno enteramente libre para admitirlo o rechazarlo. Si ahora se dice que él no ha avanzado casi, corresponde a la experiencia juzgar de ello y estoy seguro, siempre que continuéis prestándome vuestra atención que vos mismo me confesaréis que no podemos ser bastante circunspectos en el establecimiento de los principios y que una vez planteados sólidamente los principios, podremos llevar las consecuencias más lejos y deducirlas más fácilmente de lo que nos habríamos atrevido a prometérselo. De este modo, pienso que todos los errores que ocurren en las ciencias provienen de que hemos juzgado, comenzando, con demasiado apresuramiento, admitiendo por principios cosas oscuras y de las que no teníamos ninguna noción clara y distinta. Lo que prueba la verdad de esta aseerción es

el poco progreso que hemos realizado en las ciencias cuyos principios son ciertos y conocidos de todos, mientras que, por otra parte, en aquellos cuyos principios son oscuros e inciertos, aquellos que quieren ser sinceros están forzados a confesar que después de haber gastado mucho tiempo y de haber leído muchos volúmenes, han reconocido que no sabían nada y que no habían aprendido nada. No os asombréis, pues, mi querido Epistemón, si queriendo conducir a Poliandro por un camino más seguro que aquel que me ha sido enseñado, soy severo hasta el punto de no considerar verdadero más que aquello de que tengo una certidumbre igual a aquella por la cual sé que existo, que pienso y que soy una cosa pensante.

Epistemón — Me parecís semejante a esos saltarines que caen siempre sobre sus pies; volvéis siempre a vuestro principio; si continuáis de este modo no iréis ni lejos ni rápido. ¿Cómo, en efecto, encontraremos nunca verdades de las que podamos estar tan ciertos como de nuestra existencia?

Eudoxio — No es esto tan difícil como lo creís, pues todas las verdades se siguen la una a la otra y están unidas entre sí por un mismo lazo. Todo el secreto consiste en comenzar por las primeras y por las más simples y elevarse luego poco a poco y como por grados hasta las verdades más alejadas y más complejas. Ahora bien, ¿quién podrá dudar de que lo que yo he planteado como principio no sea la primera de todas las cosas que podemos conocer en algún método? Es constante, en efecto, que no podemos dudar de ella aunque dudáramos de la verdad de todo lo que encierra el universo. Por consiguiente, después que estemos seguros de haber comenzado bien, es preciso, para no extraviarnos en la continuación, tener cuidado, y es esto lo que hacemos, de admitir como verdadero lo que está sujeto a la menor duda. Para este fin, es preciso, a mi parecer, dejar hablar a Poliandro solo. Pues como él no sigue a otro maestro que el sentido común y como su razón no está alterada por ningún prejuicio, es casi imposible que se equivoque, o al menos, advertirá fácilmente y volverá sin trabajo por el camino recto.

Epistemón — Oigámosle, pues, hablar y dejémosle exponer las cosas que dice están contenidas en vuestro principio.

Poliandro — Hay tantas cosas contenidas en la idea que presenta un ser pensante, que nos serían precisos días enteros para desarrollarlas. Pero, por el momento no trataremos más que de las principales y de aquellas que sirven para hacer más clara la noción de este ser y que la distinguen de todo lo que no tiene relación con ella. Entiendo por ser pensante... (el resto falta).

RENE DESCARTES